



Fig. No. 208.- Escena en la que el felino exhibe todo su poderío, en la lucha con jefes guerreros.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera.

que igualmente son portadoras de los trofeos bélicos.

El pueblo consideraba de origen divino a sus jefes, como lo prueba ampliamente la figura No. 210, donde se ve a un hombre con las manos juntas en actitud de plegaria frente a los accesorios que constituían la indumentaria y armadura del Gran Jefe. Algo más, en muchas pictografías, los grandes jefes han sido representados con los colmillos de felino, que son los signos de la divinidad principal. Este hecho, naturalmente, nos da firmes bases para sostener la afirmación de la creencia popular en el origen divino de sus jefes.

Recibían a sus vasallos en sitios especiales, donde se erigían construcciones de tipo único. En las figuras Nos. 211 y 212 se puede observar claramente uno de estos lugares. Los jefes bien posesionados de sus tronos, constituidos por una sucesión de peldaños que siguen el signo escalonado que tan estrechamente se halla vinculado con la pictografía y plástica mochica, se dedican a recibir a sus servidores, que van hacia ellos sumisos y con las manos juntas. Estos sitiales o tronos eran protegidos por techos que descansaban sobre horcones que remataban en su parte superior, muchas veces, en talladuras. La superficie exterior del techo, en su borde frontal y prominencia media, se adornaba con cabezas de maza, armas tremendamente contundentes, muy empleadas por los guerreros. Dichos adornos, sin duda alguna, simbolizaban la fuerza militar y el poderío.

En todas las pictografías, el jefe aparece solo o bien acompañado de un ocelote (Fig. No. 213), al que mantenía con una mano muy cerca de los pies, y el que posiblemente representaba la concentración de los poderes; lo rodean varios vasos acampanulados, globulares y rostros que correspondían a alguno de sus antepasados o a él mismo. Los súbditos se acercaban en acto de pleitesía, juntas las manos y la mirada en el suelo. En nuestros días sobrevive esta costumbre de reverencia a los superiores, y ofrece marcada originalidad en los pueblos de la cordillera de los Andes, donde los indígenas se llegan al patrón en igual forma a la que reproducen las pictografías del huaco ya citado, y pronunciaban, tras el saludo, palabras de profundo aliento místico.

En la vida social de los gobernantes mochicas, cuando se trataba de investigar a personajes de otros lugares, se disponía lo conveniente para imprimir gran fausto al acto. En la figura No. 212 aparece una interesante pictografía, en la cual podemos observar cómo los invitados o visitantes eran colocados en pequeños tronos que se hallaban a un nivel inferior al ocupado por el Gran Señor, y quedaban bis a bis con éste. Los tronos, de piedra o adobes, se ofrecían unos minuciosamente tallados y sencillos los otros. Si al visitante acompañaban sus familiares u otras personas de consideración, éstos tomaban asiento unos tras otros, siguiendo un riguroso



Fig. No. 209.- Alto jefe, con su indumentaria de guerrero, sentado sobre las andas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (048-004-007)



Fig. No. 210.- Importante y complicada escena que nos habla de la adoración que efectuaban algunos personajes a la indumentaria y demás atavíos de los grandes jefes, y que ha sido tomada de un vaso pintado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 211.- Fragmentos de un vaso pintado que revelan el rendimiento de pleitesía y veneración de los súbditos mochicas a sus jefes.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 212.- Escena de un banquete ofrecido por un gran jefe a otras personalidades.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (2048)

orden jerárquico que se simboliza en los adornos de cabeza y en las narigueras. Estos adornos, de oro en su mayor parte, ostentaban unos la efigie de Ai Apaec, otros, palomos y algunas hermosas borlas multicolores, ya sencillas, ya dobles. Pero el signo jerárquico más importante era la nariguera, que no se prodiga en los huacos retratos y que vemos adornando la nariz de algunos personajes, distintivo que no se halla en la gente cuya indumentaria la delata como perteneciente al pueblo o a las falanges de guerreros comunes.

Los jefes agasajaban a sus invitados con comilonas opíparas, todas derroche y ostentación. La pictografía que aparece en la figura No. 212 nos ilustra con riqueza de detalles uno de aquellos grandes banquetes: los comensales, todos jefes y miembros de alta jerarquía –y al parecer de sexo distinto–, y cuatro hileras de platos llenos de los manjares ofrecidos; delante de éstos y frente al alto jefe, cuyo recinto está regiamente adornado con molduras y utensilios simbólicos –como son: hileras de cabezas de porras sobre los bordes del techo; un huaco busto escultórico y un gran vaso acampanulado–, está de pie un sirviente en actitud de ofrecerle las viandas, pues, a más de la acción delatada por el movimiento de que se le ha dotado, ha puesto delante de él uno de los manjares ya preparados. El jefe tiene la mano extendida, como señalando el banquete o asintiendo, y su rostro refleja imperio, tiene la vista fija en sus huéspedes.

Los invitados se hallan sentados el uno tras el otro frente al alto jefe. Detrás de ellos hay un sirviente con la cara en sentido contrario a sus superiores, y queda su espalda a la misma altura que la del invitado. Sobre el techo del estrado hay dos hileras más de platos servidos; detrás de este techo, hileras de “urpus” con el líquido indispensable en estos banquetes: la chicha. Al final de las dos hileras superiores hay dos sirvientes, que eran los que cuidaban seguramente que no faltara la bebida. Intercalados entre los “urpus” están los “potos” y cántaros donde era servida la chicha. El artista mochica ha expresado el ir y venir de los platos con un simbolismo y animación sorprendentes, y ha puesto a todos los utensilios miembros inferiores como signos de locomoción. Es verdaderamente sugestivo notar cómo los “urpus” en actitud humanizada se van vaciando por sí solos, ayudándose con sus miembros superiores, que delatan más claramente la actividad que en los

banquetes pone en movimiento los utensilios mediante la rápida manipulación de las personas encargadas de atender a los comensales. La relación que hay entre los platos y el número de invitados revela palmariamente hasta dónde eran capaces de agasajar los jefes y todo cuanto ofrecían, siempre lo mejor, a sus huéspedes. Esta misma costumbre perdura aún entre los pobladores genuinos de Moche, pueblo tradicional, y a ella nos hemos referido ya en el capítulo de la raza.

Terminados los grandes banquetes, los jefes invitaban a sus huéspedes a hacer uso de la coca, refinamiento que sólo era reservado a los grades señores y sacerdotes. No hemos encontrado ninguna escultura o pictografía que nos demuestre que el pueblo hiciera uso de este alcaloide.

Las diversiones favoritas de los jefes, las que suscitaban todo el fervor, eran la caza y la pesca. En andas transportadas por hercúleos servidores, acompañados de un gran cortejo de auxiliares que conducían armas y otros objetos útiles en el arte de la cinegética, asistían a las actividades citadas. La caza más codiciada, toda ella llena de incidentes agradables, era la del venado (*Cervus nemorivagus*), motivo de jolgorio y de exhibición de destreza. Esta práctica estaba totalmente vedada para el pueblo. Una visión de cómo se realizaba la caza del venado nos la da la pictografía de la figuras Nos. 404 y 405 que ilustran el capítulo dedicado a la caza y la pesca. Por sí sola, es una bella anécdota de los afanes que traía consigo tan divertida actividad.

Para lograr la destreza necesaria en el arte de la caza, los grandes jefes practicaban un deporte muy original y de gran interés. Con numeroso cortejo acudían a los lugares descampados, cuyas condiciones los hicieran propicios para la expresión corporal. Una vez en el paraje elegido, los sirvientes lanzaban al espacio unas redondelas o círculos pendientes de un hilo grueso, que llevaban plumas en derredor, con el fin de hacer más lenta la caída de aquéllas. Una vez en el espacio los círculos, presta la diestra, los jefes lanzaban los dardos de sus estólicas en procura de ensartar las redondelas. Para poder llevárselas de encuentro en su trayectoria, el mecanismo de puntería al que hacemos referencia ofrecía en la base de la saeta una estrella de metal o madera. Era éste un deporte en extremo peligroso, por lo cual el Gran Señor utilizaba los servicios de un vasallo, cuya misión consistía en sostener sobre la cabeza de su amo, con el objeto de protegerla, una tupida red sujeta en un



Fig. No. 213.- Un gran jefe, acompañado de un pequeño ocelote, signo de poder y de fuerza.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (032-005-002)